

NO ERA AMOR, PERO ME QUEDÉ

*Historias de piel, de alma y de todas las
veces
que confundí deseo con destino*

Yoana Pi

© 2025, Yoana Pi

© 2025, Editorial Runaris

Diseño editorial: Editorial Runaris

Contacto: info@editorialrunaris.es

Web: www.editorialrunaris.es

ISBN: 978-84-09-73399-6

Sello: Editorial Runaris

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo autorización expresa, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, total o parcial, en cualquier soporte y por cualquier medio técnico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, conforme a lo establecido en la legislación vigente sobre propiedad intelectual.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual tipificado en los artículos 270 y siguientes del Código Penal español.

El titular de los derechos se reserva el derecho de ejercer las acciones legales, civiles y/o penales, que correspondan para la defensa y protección de esta obra.

ÍNDICE

PREFACIO.....	9
CAPÍTULO 1	
Y SE HIZO LA LUZ.....	25
CAPÍTULO 2	
ES EL TIEMPO DEL LEÓN.....	43
CAPÍTULO 3	
DEMASIADA PERFECCIÓN.....	73
CAPÍTULO 4	
ROZANDO LA ILEGALIDAD.....	93
CAPÍTULO 5	
MÁS FEMENINO QUE YO.....	117
CAPÍTULO 6	
EXPLORANDO NUEVOS HORIZONTES.....	139

CAPÍTULO 7	
¿SUGAR BABY YO?.....	
157	
CAPÍTULO 8	
A PARES.....	
175	
CAPÍTULO 9	
CON LA MISMA PIEDRA.....	
199	
CAPÍTULO 10	
BUSCÁNDOTE ME ENCONTRÉ.....	217
EPÍLOGO.....	241

*Ella lloró de tristeza
cuando le rompieron
el corazón en pedazos,
y lloró de alegría
al ver cómo cada fragmento
aprendía a amar a alguien
diferente.*

PREFACIO

—¡Vamos, chicas! ¡Ya casi es la hora y tengo todo listo! —Susana se encontraba muy emocionada en el salón de su casa. Estaba muy guapa, con un vestido largo dorado que se ajustaba completamente a su cuerpo y que dejaba muy poco a la imaginación... Pero como ella siempre decía a sus amigas: «Si tengo buen tipo es para lucirlo, que mi trabajo me cuesta mantenerlo».

No debía de ser muy fácil levantarse cada mañana antes de salir el sol para ir a correr los diez kilómetros diarios que hacía montaña arriba. Y ni qué decir del cuidado que tenía con su alimentación: nada de hidratos, ni azúcares y mucha proteína y verduras para mantener un buen tono muscular, lo que le permitía lucir un físico envidiable a sus cuarenta y cinco años.

—¡Venga, que nos van a dar las uvas! Y lo digo literalmente —continuaba gritando hacia la cocina, desde donde se podían oír las risas animadas de sus compañeras.

En ese instante aparecieron en el salón cuatro chicas completamente diferentes entre sí, bromeando animadamente entre ellas y empujándose unas a

otras, seguramente eufóricas por el exceso de alcohol que llevaban en la sangre, o tal vez por el efecto del porro que humeaba todavía en la mano de Bibiana, que estaba apurando las últimas caladas.

—Suelta ya ese puto porro o te corto la mano —le soltó Susana mientras repartía las copas de champán y el vasito con las doce uvas, listas para las campanadas del reloj de la Puerta del Sol que estaban viendo en directo por la tele.

—¡Shhhh, silencio! —se quejó Magda—. Dejad de protestar, que ya va a empezar y nos lo vamos a perder. Subiré el volumen de la tele.

Rápidamente, las cinco amigas se colocaron frente al televisor y, entre risas nerviosas y miradas cómplices, empezaron a comer las uvas al ritmo de las campanadas, cada una sellando un deseo, una esperanza, un propósito... Con cada campanada, el nuevo año se abría ante ellas como una promesa luminosa, cargada de sueños por cumplir.

—¡Feliz año nuevo! —gritaron al unísono en cuanto el reloj marcó las doce, mientras se abrazaban entre sí. Susana, emocionada, se sentó un momento a observarlas, agradeciendo al universo por poder compartir otro año más junto a esas desadaptadas de la vida y por cómo habían llegado todas a hacerse tan íntimas desde que estuvieron juntas en el instituto.

El destino las había llevado por caminos diferentes, pero siempre procuraban reunirse. Ya era una

tradición pasar juntas las festividades y cumpleaños siempre que se presentara la oportunidad. Y allí estaban ellas... realmente bellas.

Daniela, la mayor de todas, solo era tres años mayor que Susana. Ella era la única que podía presumir de tener un matrimonio estable. Juanjo, su marido, no era precisamente un hombre atractivo, pero sí un esposo maravilloso, y se querían muchísimo.

Aunque a ellas siempre les había parecido un poco soso para esa hermosa mujer caribeña de sangre caliente y poderosas caderas, que nada tenían que hacer con el cuerpecillo delgado y escuchimizado de ese hombre, que encima era unos cuantos años mayor que ella y que, para colmo de males, empezaba a acumular en la espalda el pelo que iba perdiendo en su cabeza, lo que provocaba las risas y comentarios de las otras chicas.

Daniela, enamorada, siempre salía en su defensa. Les aseguraba que lo amaba con todo su corazón, alegando que el físico estaba sobrevalorado. Además, decía que la tranquilidad y la paz que tenía a su lado no las conseguiría jamás con ningún otro.

—Y ni qué hablar de su poderosa billetera —le contestaba Magda, irónica como siempre.

—No te olvides del enorme poder de su tranca —reía Olga—, pues para ninguna era un secreto el enorme tesoro que escondía ese hombre debajo de su bragueta, y que quedaría al descubierto una noche en casa de Daniela, cuando, ya muy pasados de copas,

decidieron meterse todos desnudos en la piscina de la casa. Las cinco chicas, seguidas por Juanjo —el único tío al que, de vez en cuando, le concedían el privilegio de acompañarlas en sus escapadas—.

Luego estaba Bibi, un caballo desbocado. Amaba a las mujeres con la misma pasión con la que despreciaba a los hombres. Juraba que nunca se había acostado con uno, y es que, desde muy joven, había tenido claro que a ella lo que le gustaban eran las almejas. No había cosa en el mundo que le produjera más asco que el órgano reproductor masculino.

—Te lo juro, tía, que no puedo, que me dan arcadas. Podría morir de la angustia. Es sentir uno cerca y de inmediato mi cuerpo lo rechaza —respondía cada vez que le preguntaban por lo mismo—. No sé cómo os pueden gustar tanto, con lo básicos que son. A los hombres solamente les interesan dos cosas en el mundo: los deportes y el sexo, y no suelen ser muy buenos en ninguna de las dos.

—Eso es porque nunca has tenido la suerte de encontrarte con un verdadero semental, uno que te empuje contra la pared y te haga mirar a tu alrededor mientras sientes cómo todo en ti se reinicia... incluso hasta el ADN. Y mientras tanto, él sigue dándote como a cajón que no cierra —le solía contestar Magda, con una mirada seria, como era su costumbre, y como solía mirar a Bibi desde hacía mucho tiempo atrás.

Para ninguna era un secreto que las dos chicas habían tenido su *affaire* en la adolescencia, y que, para Magda, desde ese momento, Bibi sería y seguiría siendo su amor secreto, a pesar de que se esforzaba continuamente por dar a entender lo contrario, saliendo cada vez con un hombre diferente, sin decidirse a pasar de la tercera cita con ninguno y cerrando puertas a la posibilidad de una relación formal con alguno de ellos.

Pero Bibiana era un pajarillo sin nido y, por ahora, lo último que quería era encerrarse en una relación, y mucho menos con una de sus mejores amigas, sabiendo que, tarde o temprano, cuando esta acabara, terminaría agrietando la unión del grupo, por lo que prefería hacerse la que no se daba cuenta de nada.

Salía con muchas conquistas porque ese aire suyo de chica *tomboy* la hacía irresistible para la mayoría de las mujeres. Y es que había que reconocerlo: al mirarla detenidamente, hasta la heterosexualidad más férrea se resquebrajaba, porque observarla era un regalo para los ojos. Así que no resultaba extraño que Magda se hubiera dejado seducir por ese cuerpo tatuado y bien trabajado en el gimnasio, acompañado de una cara angelical, unos ojos color cielo, unos labios carnosos que invitaban a besarlos, y el pelo corto medio rapado, adornado con mechones rubios.

Ella era la perfecta dualidad entre lo masculino y lo femenino al servicio de un solo cuerpo; poseía lo mejor de ambos mundos y sabía perfectamente cómo utilizarlo.

Magda, por el contrario, era una chica muy distinta, demasiado delgada para su gusto y bastante elegante y conservadora en su modo de vestir. Siempre había sido el cerebritito del grupo y también la más independiente. Se había doctorado en medicina estética, y esto le permitía vivir a cuerpo de reina sin preocuparse mucho de las facturas.

Tenía encuentros amorosos constantemente con colegas de su profesión, con algún cliente o con algunos de los chicos que conocía por medio de las aplicaciones de citas, de las cuales era miembro *premium*. Incluso, en algunos momentos, era tal su voracidad que se daba el lujo de contratar los servicios de algún gigoló, y siempre buscaba los más exclusivos de la ciudad, que para eso podía permitírselo.

Cada fin de semana les presentaba un maravilloso ejemplar masculino distinto, de todos los tipos, edades y tamaños. Ella no tenía preferencias; lo único que le importaba era que fueran extremadamente guapos... lo demás le traía sin cuidado.

—Para lo que yo los quiero, no necesito que tengan un máster. Solo me interesan por su físico, que al

final de cuentas es lo que voy a usar —respondía ella con su típica sonrisa sarcástica.

Nunca se permitía salir más de una semana con el mismo chico, aunque siempre les dejaba claro desde un principio lo que buscaba.

—No necesito engañar a nadie, que sepan desde el primer momento lo que hay. No estoy para tonterías, ni cuentos de princesas ni castillos de hadas —respondía con firmeza ante la curiosidad de las chicas.

Pero no podía evitar que le brillaran los ojos de rabia cada vez que veía a Bibiana con una nueva conquista, ni tampoco disimular su malestar al tener que socializar con ellas, pasando muchas veces por borde.

Magda no era una mujer fea, todo lo contrario: era bastante atractiva. Su cabello negro, cortado a lo *garçon*, y sus ojos oscuros le daban a su cara un aire muy seductor.

Aunque intimidaba muchísimo con su presencia —tanto que podrían haberla catalogado como una frívola o “devora-hombres”—, la realidad era otra. Todas sabían realmente los sentimientos que Bibi despertaba en ella y cuál era el único cuerpo que se moría por poseer. Pero lo mejor en este caso era mantenerse al margen de la situación, razón por la cual las chicas ya habían llegado a un acuerdo y evitaban siempre hablar de este tema.

Por último, Susana le dedicó una mirada llena de cariño a Olga, su hermana menor y la benjamina del grupo, a quien habían aceptado sin dudar, pese a la diferencia de edad. Desde niña, Olga había mostrado una madurez inusual, convirtiéndose en la voz sensata que solía aconsejarlas a todas —sobre todo a Susana, un auténtico caos con patas. Siempre había seguido a sus hermanas allá donde fueran y, con el tiempo, su presencia se volvió tan natural como necesaria.

Ella le devolvió una mirada cómplice y, moviendo sus labios para que pudiera leerlos desde la distancia, le dijo: —Feliz año para ti—, mientras continuaba escuchando pacientemente a Magda, que, con varias copas de más, estaría seguramente destapando la caja de Pandora y soltándole hasta el más íntimo de sus secretos, sobre todo en lo referente a Bibiana, para mañana despertarse arrepentida y dispuesta a negarlo todo.

Siempre había considerado a su hermana una chica sensata y, además, muy guapa. Entre las dos había un notable parecido físico, aunque se diferenciaban especialmente en el color del cabello: Olga siempre lo llevaba rubio, mientras que ella lucía una frondosa melena de un intenso negro azabache. También se notaba una diferencia en la estatura, ya que su hermana era varios centímetros más baja.

—Como los perfumes más finos —solía decir cada vez que alguien se lo recordaba.

—Y las muestras gratis también —contestaba Susana en tono de broma.

Olga llevaba desde hacía cinco años en una relación muy estable, incluso tenía planes de boda, aunque aún no habían concretado la fecha. Luis, su prometido, trabajaba como abogado y era muy buen chico, por lo que toda la familia estaba encantada con él.

Los dos estaban profundamente enamorados, algo que era evidente para todos. Susana tenía la firme convicción de que juntos serían muy felices. Además, Olga, con su aguda perspicacia, se había ganado el papel de consejera del grupo.

Graduada en Psicología y especializada en terapia de parejas, era la única persona a la que las chicas acudían en busca de consejo.

—¡Y encima gratis! —se quejaba todo el tiempo—. Si es que parece que estoy de guardia las veinticuatro horas. —¿Será que podríais dejarme desconectar ya? ¡No soporto seguir escuchando vuestros putos traumas! ¡¡Dejadme en paz!! —les decía siempre, pero ellas hacían oídos sordos y continuaban contándole sus historias, buscando siempre su guía.

Y así, en esa noche mágica de fin de año, todas estaban reunidas, listas para divertirse y, sobre todo, celebrar que Susana, al fin, había cerrado el capítulo de su divorcio. Cuatro largos años habían pasado

desde que descubrió la infidelidad de quien hasta entonces había sido su esposo.

—Una de tantas, lo que pasa es que tú nunca has querido verlo, Susana —le dijo Olga en cuanto se lo contó—, y lo peor es que, si la muy zorra de su amante no te hubiera enviado esas fotos como pruebas, tú no se lo habrías ni creído. Ya sabes que no existe nadie que os conozca que no haya pensado ni por un segundo que ese tipo no te convenía. Eras demasiada mujer para él y todo el mundo lo veía, menos tú.

Y lo que más le dolía era reconocer que tenían razón. Susana sentía que había malgastado veinte años de su vida, entregada a un hombre que no la valoraba, que se pasaba largas temporadas viajando fuera del país, en unas visitas familiares a las que ella nunca estuvo invitada, y al que no le importó lo más mínimo ni su mujer ni su matrimonio, pero a quien ella se lo perdonaba todo.

Esta situación se fue prolongando en el tiempo, para desesperación de su familia y sus amigas, que sufrían impotentes todos los desplantes que la pobre recibía, sin atreverse a interferir siquiera, porque Susana no permitía que opinaran sobre su relación, ni mucho menos que le hablaran mal de su marido.

Así fueron pasando los años, hasta ese glorioso día en que la verdad salió a la luz, para descanso de todos, que esperaban que así reaccionara y se decidiera por fin a dejarlo.

Sin embargo, tuvo que pasar mucho más tiempo para que ese deseo se convirtiera en realidad. El poder que él ejercía sobre ella era tan abrumador que, cada vez que iba a buscarla, ella, en su debilidad, caía rendida ante sus promesas de cambio, solo para terminar sufriendo otra decepción.

Ahora que parecía que por fin había terminado todo, y después del doloroso proceso de divorcio, las chicas se habían encontrado con que la ruptura había dejado a su amiga tan devastada que se negaba rotundamente a conocer a alguien nuevo, y evitaba a todo aquel que se acercara a ella con el simple propósito de conocerla. Susana se había encerrado tanto en su caparazón que no pensaba salir de ahí; era una medida de autoprotección.

Las chicas intuían que, secretamente, ella aún pensaba en su exesposo. Vivían con el miedo constante de que en cualquier momento podría recular y regresar con él, porque, si continuaba de esa manera, tarde o temprano eso era lo que terminaría ocurriendo.

Así que, entre ellas, habían trazado un plan para ayudarla a dar ese paso que necesitaba.

Y empezarían a ponerlo en marcha a partir de ese momento. Susana ya estaba lista para avanzar, pero solo necesitaba de un pequeño empujoncito, y de eso era justamente de lo que ellas se encargarían.

—¡Bueno, chicas! —empezó diciendo Olga—. Quiero que brindemos por todas nosotras, pero

especialmente por ti, Susana, porque estamos convencidas de que este será tu año. Ya va siendo hora de que te ilusiones nuevamente y te atrevas a salir de nuevo. No puedes estar ahuyentando a todo el que se te acerque, que lo que no se usa se atrofia, ¡y tú necesitas un buen revolcón, que ya llevas mucho tiempo sin darte un buen homenaje!

—Amén por eso, amiga —continuaba Magda, levantando su copa—. Vamos a hacerte una propuesta de cambio y no puedes decir que no. ¡¡No te lo vamos a permitir!! Hemos hecho un estudio de mercado y las estadísticas no fallan. Esto no es una invención, pero sí una intervención, porque tenemos bases científicas para actuar por tu bien.

—¿Y qué bases tan estudiadas son esas? Si puede saberse, claro... —preguntó Susana, entre divertida y sorprendida por la situación—. Ya he dicho que necesito tomarme mi tiempo para estar sola y encontrarme.

—¡Cuatro años dan para mucho, no me jodas! —continuó Bibi, poniéndose de pie y empezando a pasearse por el salón—. Se acabó el lamentarse y vivir como una monja. Necesitamos que te desenganches de una buena vez, y la mejor manera de hacerlo es probando otros cuerpos, porque si no, al final lo que te va a pasar es que vas a regresar con ese payaso, y eso no creo que podamos soportarlo más.

Su reacción provocó los aplausos y gestos de aprobación por parte de las demás, mientras la chica les respondía haciendo reverencias.

—¡Escuuuuucha! —continuaba Olga, sonriéndole amorosamente—. Los estudios del comportamiento tras una ruptura traumática confirman que, para superar a una persona, tienes que salir por lo menos con diez más, y tú no has salido aún con nadie. ¿Cómo vas a superar así lo que te pasó? ¡Con lo coqueta y divertida que has sido siempre! No podemos permitir que esta situación marque tu vida. Así que, desde ahora mismo, te vas a comprometer con nosotras y vas a quedar, como mínimo, con diez personas durante todo el año. Es lo que te damos de plazo para hacerlo. Verás que, cuando tengas la última cita, ya tendrás todo esto superado.

—Y es entonces cuando estarás lista para recibir al hombre indicado —continuaba Daniela, emocionada, quien, como buena romántica empedernida, jamás perdía la ocasión de defender el amor verdadero.

—O por lo menos —la miraba Magda inquisitivamente— te habrás olvidado de ese hijo de la gran puta. Su recuerdo ya será agua pasada y a otra cosa, mariposa. ¡Venga, Susana! Anímate, será divertido.

—¿Debo tener diez citas entonces? Bueno... no será tan difícil, en unos meses ya habré acabado —les

contestó Susana, hundiéndose relajadamente en el sillón.

—No, cariño, no es tan fácil. Tienes que llegar hasta el final con ellos, dar el todo por el todo. Las citas sin cama no cuentan como cita —Magda no podía evitar esbozar una maliciosa sonrisa mientras decía esto—. Y, además, queremos pruebas.

—¿Qué clase de pruebas? —preguntó Susana, que ya estaba notando el efecto del alcohol y empezaba a interesarse en el juego, pensando que todo formaba parte de una broma y que a la mañana siguiente ya lo habrían olvidado.

—Queremos una foto del día D y, además, que escribas un diario, que para eso te dedicas a escribir en tu tiempo libre —contestó Olga—. Ya lo tenemos todo muy pensado y decidido. Te vamos a abrir una aplicación de citas.

—No, por favor, eso no. Esa será la única condición. Quiero conocer gente por el modo tradicional. Eso de las citas por internet no se me da nada bien, sería un puto desastre —suplicaba Susana, decidida a complacer a sus amigas. Total, por probar no iba a perder nada—. ¿Y qué es eso del día D?

—El día después del sexo —contestaron todas al unísono.

—Cuando el susodicho esté tranquilo, relajado... tú vas y ¡flash!, le haces la foto con el móvil. Ahora bien, dejemos algo claro: como no quieres que te abramos un perfil en ninguna aplicación, imagino

que tenemos carta blanca para organizarte citas nosotras también, con algún conocido —dijo Olga, divertida, disfrutando más que nadie mientras hablaba.

—¡Hecho! Tenemos un trato. Si no funciona, se acabó el asunto y no lo volveremos a mencionar nunca más —dijo Susana, mientras se levantaba y les tendía la mano, convencida de que el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina.

—¡Perfecto! Tenemos un año para lograrlo, hasta el próximo fin de año —respondieron al unísono, mientras se levantaban, alzaban las copas y se daban la mano, sellando así aquel pacto tan loco como emocionante.

—¿Estás segura de esto, Susana? —le preguntó Olga mientras la llevaba a un rincón del salón—. Mira que esta experiencia podría cambiarte la vida. Además, ya conoces a estas locas... irán a muerte contigo hasta cumplir su objetivo.

—No te preocupes por mí, hermanita; yo estoy muy tranquila. Incluso creo que será divertido.

Sin embargo, en su interior estaba plenamente convencida —y deseosa— de que, al día siguiente, todas olvidarían este delirio.

Pero no fue así, y Susana se vio obligada a cumplir con su promesa y empezar el juego.

CAPÍTULO 1

Y SE HIZO LA LUZ

Llevo ya dos meses asistiendo a cada cita que me preparan, y todo ha sido un completo desastre. No puedo evitar verte reflejado en cada una de ellas, cualquier detalle me recuerda a ti, y las comparaciones suelen ser odiosas, porque en el fondo de mi cabeza siempre termino por darte la victoria. Estás constantemente ganando una guerra que ni siquiera tienes consciencia de librar. Los hombres que conozco me resultan indiferentes; no puedo llegar a tener contacto físico con ninguno, ya me cuesta un mundo siquiera besarlos, imagínate ir a la cama con alguno de ellos... Prefiero conservar el recuerdo de tus caricias en mi piel, aunque la epidermis se renueve una y otra vez. Han pasado cuatro años y dos meses, y ya no queda ni una sola huella física de lo que alguna vez tocaste. Sin embargo, en lo más profundo de mí, sigo sintiendo que te pertenezco... y empiezo a temer que eso no cambiará jamás.

Mis amigas ya están desesperadas, y yo estoy empezando a cansarme de ir a una cita y a otra siempre con el mismo resultado. “Lláname, no te preocupes, total no te voy a responder”, me he

vuelto una experta en inventar excusas; las barreras que ha construido mi mente son insalvables. Yo quiero, pero realmente siento que no puedo. Necesito un milagro.

—Susana, he estado hablando con Luis y quiere que conozcas a un muy buen amigo suyo. Es una persona maravillosa y estamos seguros de que te vas a entender muy bien con él, por lo menos para que te desenganches de una buena vez y rompas el hielo —me suelta a bocajarro Olga, muy emocionada, una tarde a finales de febrero.

—Ya te dije que no quiero citas con nadie allegado a nosotras, porque luego es un lío si las cosas no salen bien. Prefiero conocer personas externas, así que, por favor, no me organices nada. Te lo digo de verdad, porque no voy a ir —le respondí decidida a no ceder ni un ápice—. Esta condición es importante, Olga, no quiero líos después.

—Pero es que yo siempre he pensado que este tío es perfecto para ti, te lo digo de verdad. Es muy buen chico —respondió intentando sonar lo más convincente posible—. Además, él también acaba de finalizar una relación, y no terminó muy bien, porque esa tía estaba loca y estoy segura de que nunca lo quiso de verdad.

—Peor me lo pones. No insistas más, que no voy a ir.

—Vale —contesta mi testaruda hermana, no muy convencida de ello, lo que significa que seguirá intentándolo.

Una semana después, recibo una invitación para cenar de Olga y su novio. Sinceramente, tengo que admitir que no me apetece en absoluto. Estoy en esos días en los que lo único que quiero es quedarme hecha un ovillo en la cama, sin levantarme para nada, pero ellos no aceptan un no por respuesta.

Pasan unos días más en los que no contesto el teléfono, y les confieso a las otras chicas que estoy desanimada, fuera de servicio, sin ganas ni de sonreír. Ellas ya conocen estos episodios que me aquejan desde niña y me aseguran que volveré a ser la misma, pero que, por ahora, lo mejor es no forzar nada.

Aunque ya había confirmado que asistiría, a última hora intento anular, pero Olga insiste tanto que, al final, termina convenciéndome. “Tiene toda la razón”, me digo a mí misma mientras me miro al espejo. No puedo permitir que la tristeza me domine. Así que, decidida y haciendo de tripas corazón, empiezo a vestirme y me preparo para salir a su encuentro. ¡Total, qué podría pasar?

El primer amor en la vida de una mujer suele ser especial, pero no por ello el más importante. “Importante” es aquel que te bloquea los sentidos con tan solo mirarlo, porque, estando a su lado y sin saber por qué, te sientes en paz, segura y protegida.

Pero no solo de una manera física, no. Lo que tienes es la certeza de que has encontrado un sitio donde encajar, como si lo conocieras desde hace mucho tiempo, y sabes, por alguna razón en tu interior, que es ahí donde deberías y donde quieres estar.

Conectas con esta persona de una manera sana, relajada, y sin ningún temor empiezas a abrirte desde el primer momento, entregándole tu cuerpo y también tu corazón, sin que te cueste el más mínimo esfuerzo.

Y es que las mujeres tenemos un sexto sentido para eso... lo que pasa es que nunca solemos hacerle caso. Eso fue Mario para mí desde el momento en que llegó a la cita que Olga, tan traidoramente, me había preparado ignorando todas mis negativas. Y debo confesar que, al principio, ni siquiera llamó mi atención. No era para nada mi tipo, y toda mi energía se centró en lanzarle una mirada asesina a mi hermana, mientras ella, con los ojos, me pedía que le diera una oportunidad.

—Conócelo, habla con él, ¡qué puedes perder! —dijo Olga cuando nos reunimos en el lavabo.

—Es el mejor amigo de Luis, y si esto sale mal —porque saldrá mal—, no quiero que se vaya a dañar nuestra amistad. Yo le tengo mucho aprecio, no quiero inmiscuirlo en esta locura de plan que hemos trazado. Dijimos que personas externas, y no me has hecho caso —contesté mientras me acomodaba el cabello lo mejor que podía frente al espejo.

—Pues para no importarte tanto, bien que te estás arreglando —replicó Olga con una sonrisa—, y eso que dijiste que no te gustaba.

—¡A ver! —contesté, tomándola por los hombros— ¡Alma de cántaro! No me malinterpretes, el tío no está mal. Ya sabes que no es mi tipo, pero, mirándolo bien, tiene un toque que lo hace atractivo. Aun así, no pienso ni quiero implicarme. Te lo aviso: este no cuenta. Cenamos y nos vamos a casa.

—Vale, vale —contestó Olga, agarrándose fuertemente a mi brazo y dirigiéndonos a donde los chicos nos esperaban para continuar con la cena—, pero por favor, abre tu mente e intenta pasártelo bien.

Al cabo de una hora de conocerlo, él ya me había llevado a su terreno con una facilidad pasmosa. Me sorprendí gratamente con su conversación y, sin darme cuenta, empecé a sentirme muy a gusto a su lado. Y, obviamente, poco a poco, nuestros celestinos fueron pasando a un segundo plano.

Parecía que esa noche solo estábamos los dos. Yo estaba completamente embelesada, algo que hacía mucho tiempo no me ocurría. Si en ese preciso instante Mario hubiera intentado besarme, le habría correspondido sin pensarlo. De hecho, creo que, secretamente, ya lo estaba deseando. Deseo... No creí que pudiera volver a sentir eso por otro hombre, pero la vida, hoy, me estaba sorprendiendo.

Y, en lo más profundo, una pequeña llama comenzaba a encenderse en mi interior.

Después de aquella noche, tuvo que pasar un mes para que nos volviéramos a encontrar y concretar así una salida para ir a cenar solos. El chico se tomaba su tiempo, le gustaba ir muy lentamente... Ya estábamos por finalizar marzo y yo aún no había cumplido ni una de las expectativas de mis angustiadas amigas.

—Te va a pillar el toro —me repetía Magda todo el tiempo—. Te advierto una cosa: como llegue diciembre y aún no hayas cumplido la cuota que te hemos impuesto, te voy a encerrar en un cuarto con diez tíos buenos y no te voy a dejar salir hasta que termines.

—Estoy en ello, pero no es nada fácil. Por favor, es demasiada presión... —le respondí mientras me servía tranquilamente un vaso de whisky con hielo.

—Seguramente aún piensas en el imbécil de tu ex —interrumpió Bibiana—. Así no vas a avanzar con nadie. Tienes que dejarte llevar. Tómate unas buenas cervezas y llévate un porro a tu próxima cita. Te lo fumas antes de ir a su casa y así te relajas. Ya verás cómo todo fluye y te lo empiezas a follar como si no hubiera un mañana.

—Tengo la pequeña impresión, mi querida Bibi, de que tú todo lo solucionas con hierba —respondí sonriendo, mientras me tumbaba relajadamente en el sofá del salón.

—Creo que esta ya tiene alguien en mente —les susurró Daniela—. Mirad qué tranquilita está, como si tuviera un secreto que contar... Este arroz ya está servido, chicas.

—¡Os estoy escuchando, dejad de hablar de mí! —dije, mientras tranquilamente levantaba mi copa para beber, justo cuando sonó mi móvil.

—Hola, Susana —la voz del otro lado del teléfono me sacudió los intestinos, y un dulce calor subió por todo mi vientre.

—¿Cómo estás, Mario? ¡Qué gusto saludarte! —intenté sonar lo más desinteresada posible, como toda una reina del hielo.

—Bien. Quería decirte que tengo un fin de semana de descanso y me gustaría invitarte a cenar el sábado por la noche.

—¿Te refieres en plan cita, o prefieres que vayamos acompañados de Olga y de Luis? —crucé los dedos esperando su respuesta.

—Preferiría que estuviéramos solos —al escucharle decir esto, estuve a punto de caer al suelo desmayada.

Las chicas, que estaban todas tiradas encima de mí intentando escuchar la conversación, estallaron en gritos de emoción.

—¡Hay que preparar tu *outfit*! —propuso Magda en cuanto colgué el teléfono, como si se tratara de un reto. Y con esa frase, comenzó el desfile de modas. Pero también marcó el inicio de un nuevo capítulo

en mi vida amorosa, ¡uno que, sin duda, iba a ser mucho más entretenido de lo que había imaginado!

La noche del sábado me encontraba entre entusiasmada y nerviosa. Me moría de ganas por salir con Mario, pero a la vez me sentía triste porque esto significaría cerrar definitivamente mi historia anterior, y esta era una realidad que aún me costaba mucho afrontar. Sentía que, si yo dejaba de quererlo, realmente se iría para siempre. Y a mí me gustaba aferrarme a la idea de que Carlos aún seguía siendo parte de mi vida. Pero, aunque me doliera, también era consciente de que debía seguir adelante y dejar de vivir en el pasado, dándole un espacio a alguien nuevo en mi presente.

Así fue como, enfundada en un vestido ajustado rojo y dejando mi larga melena negra volando libre por mi espalda desnuda, me dispuse a partir al encuentro del único hombre que, hasta la fecha, había conseguido hacerle un poco de sombra a los recuerdos. Para infundirme un poco de valor, preferí seguir el consejo de Bibi y llegar un poco antes al restaurante para beber unas cuantas cervezas. Y si me daba tiempo, tal vez utilizaría ese pequeño regalo que ella había guardado en mi bolso, a pesar de mis objeciones al respecto.

Pero la verdad es que no necesité beber alcohol ni fumarme ningún porro, porque con Mario todo fluía como si lo conociera de toda la vida. Estar a su lado era una sensación muy placentera; él me inspiraba la

confianza y la comodidad que no encontraba hacía muchísimo tiempo en nadie que no fuera Carlos, algo que no sabía cómo explicar. No quería por nada del mundo que la noche acabara, como me pasaba en mis citas anteriores, en las que continuamente miraba el reloj esperando acabar con la tortura. Por fortuna, la cena transcurrió con normalidad y, al salir del restaurante, fuimos a tomar unas copas.

Ya pasada la medianoche, seguíamos conversando sin cesar. Entonces comencé a sentir una creciente necesidad de buscar su contacto físico, algo muy raro en mí, pues normalmente soy una mujer muy reservada, e intimar con alguien es algo que requiere de mucho esfuerzo por mi parte, y después de lo sucedido en mi relación anterior... mucho más.

—¿Quieres otra copa? —preguntó Mario segundos antes de que me abalanzara sobre él.

Sin dejarle terminar de hablar, le planté un beso, decidida a no esperar más. Uní mis labios a los suyos lenta y suavemente, aprisionando su lengua con la mía, que sabía a culpa y desesperación.

El tiempo pareció detenerse al roce de sus labios, incendiando mis sentidos y despertando un latido en mi bajo vientre, dormido durante demasiado tiempo, y cuyas pulsaciones danzaron al compás de sus manos deslizándose por mi espalda, mientras sus dedos dibujaban caminos ardientes que, poco a poco, encendieron mi piel.

A partir de ese momento, nos dejamos llevar por la pasión que se empezaba a apropiarse de nuestros pensamientos, y no pudimos dejar de tocarnos ni un solo minuto. Su olor se me hacía irresistible y su boca me recorría entera, explorando cada rincón, sin reparar siquiera en el hecho de que estábamos en un sitio público. Reconocía sus besos y sus caricias como si hubieran estado ahí esperando por mí. Su cuerpo no se me antojaba extraño y me moría de ganas por llegar hasta el final con él. Pocas veces encuentras una pareja con tanta química como la que nos atraía irresistiblemente el uno hacia el otro.

En ese preciso instante, éramos fuego. Por ahora todo era perfecto, y eso era lo único que me importaba. Se había hecho la luz, y la llama que antes ardía débilmente, hoy por fin se transformaba en ardiente hoguera, y me estaba quemando por dentro.

—¿Qué te parece si vamos a mi casa para poder estar más tranquilos? No te preocupes, que no haremos nada que no quieras, te lo aseguro. Incluso podemos descansar en el sofá y ver una serie hasta que te quedes dormida. Ya mañana te acerco a tu casa —me dijo mientras me apretaba fuertemente contra su cuerpo, permitiéndome sentir de cerca las poderosas ganas que tenía de poseerme.

—¡Larguémonos de aquí! —No pude evitar que esa frase, más que parecer una respuesta, sonara como una súplica.

De camino a su casa, mi cabeza empezó a jugarme una mala pasada, advirtiéndome negativamente que tuviera cuidado con lo que pensaba hacer. Me asaltaron recuerdos engañosos de mi ex, que solo resaltaban lo bonito que habíamos vivido juntos, omitiendo todas las malas situaciones que habíamos pasado. Eso hizo que empezara a añorarlo y a dudar de la decisión que estaba a punto de tomar. Pero entonces, Mario, al notar mi angustia, poniendo su mano sobre mi rodilla —que se movía compulsivamente debido a la tensión del momento—, me dijo:

—Créeme si te digo que no tienes de qué preocuparte. No haremos nada de lo que no estés completamente segura. Mi único deseo es que te sientas realmente bien a mi lado.

De nuevo me envolvió una sensación de plenitud que me hizo olvidar que, hacía cinco segundos, estaba a punto de saltar del coche.

Cuando llegamos a su apartamento, ya sabía lo que iba a pasar. Era plenamente consciente de ello e incluso lo estaba deseando. Sin embargo, no podía evitar sentirme un poco inquieta. Afortunadamente, Mario sabía llevar muy bien la situación y me pidió que me sintiera como en mi casa, mientras iba por dos cervezas a la cocina.

En ese momento, mi teléfono empezó a convulsionar con el torrente de mensajes que enviaban las chicas a

nuestro grupo de WhatsApp, preguntando cómo iba la noche.

—No te vayas a echar para atrás, que te conocemos —escribía Magda.

—Si te sientes en peligro, envía tu ubicación o danos una señal —bromeaba Bibi.

—No seas tonta, que Mario es un caballero. Ese no es capaz de hacer daño a una mosca —le respondía Olga.

—¡Ah! Pues entonces no, si lo que queremos es que le haga daño, mucho daño —esta vez era Magda quien escribía y terminaba la frase usando el emoticono de las risas.

—Tú abre tu corazón al amor —decía Daniela, poniendo su toque romántico.

—Y las piernas mucho más —se burlaba Bibi, con unas cuantas berenjenas adornando la frase.

—¿De verdad no tenéis nada más que hacer un sábado por la noche que estar pendientes de mi vida?

—contesté—. Estamos bebiendo algo en su piso. Quiero ir despacio, las prisas no son buenas.

—Recuerda enviar una foto y, de paso, las medidas de su armamento —escribió Magda, ignorando completamente mi comentario.

—¡Adiós! —les respondí, y silencé el móvil.

En cuanto Mario regresó, bebí mi cerveza como si no hubiera un mañana. Prácticamente la terminé de dos sorbos y, sin hacer caso a su mirada de perplejidad, le pedí que, por favor, me trajera otra.

Sonriendo, obedeció. Entró a la cocina, me abrió otra cerveza, me la ofreció con una sonrisa amable, intentando que me relajara, y con voz pausada me dijo:

—Te lo repito, Susana, de verdad, no te sientas obligada a hacer nad...

Pero no pudo terminar la frase porque mis labios se lo impidieron. Él correspondió a mis besos al principio con un poco de duda, tal vez pensando que me arrepentiría, pero después se dejó llevar por el instinto animal y, de un solo gesto, me levantó del suelo y me sentó sobre la encimera, bajándome las bragas y metiendo su cabeza entre mis piernas. Creo que mis gritos ahogados se oyeron por todo el vecindario; las paredes envidiosas no pudieron ocultar mi dicha, y el eco de mi felicidad estalló en el aire en cuestión de segundos.

Aún maravillada por lo que acababa de experimentar, lo besé repetidamente en los labios, notando en ellos mi sabor, mientras metía mi mano dentro de su bragueta para, con alivio, comprobar que, efectivamente, estaba muy preparado para mí.

Él me bajó con una mano y, girándome, se ubicó a mi espalda, pero en ese momento nos dimos cuenta de que las ventanas estaban abiertas, y que lo más probable era que tuviéramos público oculto en algún lado. Esto le hizo frenarse en seco y, separándose de mí, se dispuso a abrocharse los vaqueros. Yo ya no

podía ni quería detenerme, así que continué besando su cuello mientras le quitaba la camisa.

—¿Estás segura de seguir? —me preguntó, mirándome a los ojos. Su mirada brillaba esperando respuesta.

Entonces fui yo quien, muy decidida, lo tomó de la mano y lo invitó a que fuéramos a su habitación para estar mucho más cómodos. Y ahí, en la seguridad de su alcoba, pude por fin derrumbar todas las barreras y aceptar a Mario dentro de mí. Ya no había más dudas ni miedos, solo el deseo de entregarnos el uno al otro. La aventura apenas estaba empezando, y nosotros teníamos todo el tiempo del mundo para disfrutar del viaje. Y eso hicimos. Lo imposible ya estaba hecho, y con qué mejor compañía que la suya. “Puedes cortar todas las flores, pero no puedes impedir que llegue la primavera”, rezaba un bello poema de Neruda, y esa noche comprobé que la mía por fin florecía. Me había olvidado de las maravillas que ofrecía la vida y de las sensaciones que traía consigo la humanidad y sus placeres terrenales. Me adentré de su mano en el jardín de las delicias y exploré, una a una, todas sus escenas. Desperté, en medio de convulsiones orgásmicas, del letargo en que me encontraba hacía muchísimo tiempo. Y desde ese instante no pude pensar en nada que no fuera estar con él.

El hilo rojo del destino empezó a brillar con fuerza para atraparnos en uno solo. Estábamos destinados a

conocernos, yo pude verlo. Pero, aunque Mario lo sentía, no podía percibirlo con la misma claridad.

Por más que yo intentara romantizar nuestro encuentro, la verdad es que tan solo éramos dos juguetes rotos que se encontraban en el peor momento de sus vidas. Él no estaba preparado para mí, y de eso me daría cuenta más tarde, porque, para mi desgracia, las cosas sucedieron demasiado rápido. Y aunque yo tenía muy claro que podríamos funcionar, él aún no podía verlo.

Poco a poco, comencé a notar cómo, dejándose dominar por el miedo a un nuevo fracaso, se alejaba de mí. Nuestros encuentros se fueron volviendo más esporádicos, y yo tenía la sensación de que él huía. La felicidad tocaba a su puerta, y me llenaba de frustración el no entender por qué le costaba tanto abrirla y dejarla entrar.

El tortazo me sirvió para reiniciarme las ideas y aprendí a no idealizar a nadie, y que cuando las cosas no se dan, no tienes por qué forzarlas, aunque estés completamente segura de que el resultado será magnífico. Abrí mis brazos al amor nuevamente, pero de nada me sirvió, porque él no podía quedarse y yo nada podía hacer para que cambiara de opinión. Eso sí, ya podía añadir esta experiencia a mi cuaderno de apuntes, y desde la primera noche que pasamos juntos, pude immortalizar nuestro encuentro y enviar una prueba a las chicas.

En la imagen solo se veía mi cara sonriente al lado de su espalda desnuda, pues tuve que esperar a que se quedara dormido para tomar la foto con mi móvil. Pero ellas la dieron por buena y se mostraron incluso mucho más emocionadas que yo, agobiándome con todo tipo de preguntas. No quise dar más de la información necesaria: los detalles preferí guardarlos en mi mente, para saborear mis recuerdos en la soledad de mi almohada.

Dejé morir el sentimiento que iba naciendo para que, en su lugar, florecieran los brotes de una bonita amistad, lo que por ahora nos parecía lo más conveniente, guardando la esperanza de que, tal vez con el tiempo, nuestros caminos se volvieran a cruzar y esta vez sí coincidiéramos en espacio e intensidad. Mario estaba roto. El amor tampoco había sido generoso con él y necesitaba tiempo para lamerse sus heridas. Era un proceso en el que pronto entendí que no debía acompañarlo, para no salir nuevamente dañada en el camino.

Quedamos en no perder el contacto, pero aun así, no pude evitar sentir una enorme tristeza el día que decidimos terminar demasiado pronto la historia que aún ni siquiera empezaba. Pero yo estaba segura en ese momento de que él había sido el perfecto inicio de mi camino y de que no podía haber encontrado alguien mejor para desbloquear mis barreras mentales. Siendo sincera conmigo misma, por mucho que me gustara, tenía que reconocer que no

era nuestro tiempo. Todavía me faltaban muchas cosas por descubrir, y él solo era la cabeza de la serpiente.

Eso sí, repetiría una y mil veces la experiencia vivida. No me arrepentía de nada. Me sentía renovada, atractiva, deseada y con la autoestima por las nubes.

Con este encuentro se hizo la luz y se abrió la veda del camino. Estar con Mario es de esas cosas que se hacen sin pensarlas demasiado. Y aunque quizás no volvamos a tener la oportunidad de hacerlo de nuevo, porque tal vez nunca sea nuestro momento, no me arrepiento de nada.

Ahora comenzaba la era del León, aquel que me acorralaría como a su presa, haciendo tambalear todos mis cimientos y ante quien me rendiría, completamente sometida a su voluntad.

Tenían razón mis amigas. ¡Amén por lo que estoy descubriendo!

CAPÍTULO 2

ES EL TIEMPO DEL LEÓN

“Resiliencia” es una palabra proveniente del latín y que, en el campo de la física, describe la capacidad que tienen algunos materiales para volver a su estado original por más que los golpees, estires o alteres su forma o tamaño, como si fuera una especie de superpoder.

Eso era algo que la niña, a pesar de su corta edad, empezaba a desarrollar, pues ella escapaba continuamente de su realidad con la mente, buscando formas de animales en el techo, esperando pacientemente a que el monstruo que estaba encima de ella terminara de lastimarla.

Así, sabía que la dejaría libre para que volviera a sus muñecas y pudiera olvidar —al menos en apariencia— lo que acababa de suceder, tal como él se lo exigía.

La niña sabía obedecer. Lo único que quedaría como huella de la tragedia sería un miedo irracional a estar sola, una necesidad desesperada de aprobación y una herida invisible que, con los años, tomaría forma de dependencia emocional.

—Susana, quiero que me lleves a urgencias, por favor —me suplicó Magda, visiblemente preocupada. Al parecer, el preservativo se había roto la noche anterior y necesitaba tomar la píldora del día después cuanto antes, para evitar sustos innecesarios.

—¡Joder! Qué mala suerte... Espérame, que paso a buscarte. Ah, y te aviso desde ya: voy en chándal, sin maquillar y esperando la muerte pacientemente mientras termino una tarrina de helado de chocolate. Estoy completamente desilusionada con mi reciente incursión en el mundo amoroso, así que ni se te ocurra decirme nada —sentí la necesidad de advertírselo, porque Magda es una fanática del arreglo personal y va maquillada y vestida como un pincel incluso para bajar a por el pan.

—Te doy tiempo para que te duches y te arregles un poco, yo espero. Imagínate que vemos un doctor buenorro y tú con cara de muerta. Mira que ya van quince días desde que terminó lo de Mario y se nos acaba el tiempo. Además, no te quiero dar tiempo ni de reaccionar, no vayas a meterte de nuevo en tu caparazón.

Y lo peor de todo es que tenía la certeza de que Magda estaba hablando muy en serio.

—¡Vete a tomar por saco! —contesté—. Voy saliendo ya, y no, no me pienso duchar, así que te aguantas —le colgué el teléfono y salí corriendo a buscar el coche.

Al llegar a urgencias, y después de dos eternas horas de espera, por fin llamaron a Magda para que la atendiera el médico. Yo me quedé en la sala, dispuesta a disfrutar de un café y unas galletas de chocolate, ahora que no me veía nadie.

Justo cuando la máquina empieza a moverse lentamente para soltar las galletitas —esas que ya imaginaba devorando con ansia—, el brazo mecánico se detiene. Mi premio queda atrapado, pegado al cristal interior. Entonces, como una salvaje desesperada, empiezo a golpear el aparato con una furia inútil... sin lograr que se tambalee ni un centímetro.

Cansada, me dejo caer al suelo, justo al lado de la máquina, decidida a hacer guardia mientras recupero fuerzas, no vaya a ser que venga alguien y se las lleve, que encima eran las últimas que quedaban.

Mientras tanto, me distraigo respondiendo los mensajes del grupo, donde las chicas ya están preguntando con curiosidad cómo va la aventura de Magda.

—¿Me dejas pasar? Me gustaría sacar un café —preguntó una voz masculina a mi lado.

—La máquina de café es la de al lado —contesté sin levantar la mirada del móvil.

—Quiero acompañarlo de unas galletas de chocolate —respondió.

—Pues resulta que justo las que quedan en esta máquina son mías. Lo que pasa es que estoy

esperando que bajen —le contesté mientras me incorporaba sin mirarlo, y golpeé nuevamente el cristal con una fuerza que haría morir de vergüenza a una hormiga.

—Déjame a mí —contestó, apartándose suavemente, dando un golpe firme y seco en el lateral de la máquina y liberando mis maravillosas galletas, que tan testarudamente estaba decidida a no perder.

Y fue entonces cuando pude verlo. Tenía los ojos negros, una mirada penetrante, de esas que, en un segundo, parecen analizarte hasta lo más profundo del alma. Era alto y fuerte —lo segundo saltaba a la vista por la camiseta que tan bien le quedaba ajustada a su cuerpo—. Pude fijarme también en que tenía unos brazos enormes. Además, me entretuve un rato admirando sus labios gruesos, perfectamente perfilados, que esbozaban una media sonrisa, lo que le daba un aire canalla muy atractivo. Él me miraba fijamente, sin apartar la vista ni un segundo. Sabía que era guapo, y esa seguridad en sí mismo se le notaba en cada gesto.

—Creo que me he ganado una galletita, por lo menos... Por cierto, me llamo Leonel —continuó hablando, extendiendo su mano hacia mí.

—Susana, un gusto. Y te daré hasta dos, que me has salvado de la cárcel, yo estaba a punto de matar por ese chocolate —sonreí coquetamente mientras le

entregaba las dos galletas, que tranquilamente se llevó a la boca, sonriendo.

—¡Deliciosas! Te han quedado de muerte — continuó diciendo—. Debes de ser una experta repostera.

—Si las hubiera preparado yo, te habrías envenenado —me acerqué peligrosamente, completamente fascinada por su presencia. Pero justo entonces, la voz chillona de Magda me sacó bruscamente del trance. ¡Dios, qué atractivo me parecía este hombre!

—Susana, ya estoy, nos vamos para... —Magda se interrumpió al vernos hablando tan cerca—. ¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó con una sonrisa pícara, mientras nos examinaba con los ojos entrecerrados—. ¿Os conocéis?

—A partir de ahora, sí —se apresuró a contestar él, y, dirigiéndose a mí, me pidió mi número de contacto.

—Dame tu teléfono —respondí, estirando la mano—. Y desbloquéalo, por favor.

Me lo entregó sin dejar de mirarme a los ojos, y yo realicé una llamada a mi móvil desde el suyo, para luego grabarlo en su agenda con mi nombre: “Susana, galleta de chocolate”. Así recordarás quién soy.

—No voy a olvidarlo —contestó mientras soltaba una carcajada—. Hasta pronto, Susana.

—Hasta pronto —sonreí.

Estuve todo el camino de vuelta aguantando el interrogatorio de Magda, a quien le faltó tiempo para hacer una videollamada grupal y contárselo a las chicas.

—¡Ya era hora! Por fin volvemos a mover ficha —decía Bibiana—. Anda que estuviste muy acertada, Olga, con tu amiguito, ¿eh? Por los pelos nos volvemos a estancar, pero esta vez vamos a ir con mucho cuidado, Susana.

—Perdona, pero Mario es un buen chico. Solo que se cagó, le entraron los miedos y prefirió retirarse a tiempo —se defendía mi pobre hermana.

—¡Qué cague, ni qué miedo, ni qué leches! —saltó Daniela—. Ese tío lo que es, es un gilipollas. No es que haya perdido el tren, ¡es que tenía el puto Orient Express esperándole en la puerta de su casa y lo dejó pasar! ¡Tú eres un pedazo de tía, Susana! No tiene ni idea de la oportunidad que ha desperdiciado.

—Bueno, eso ya es agua pasada. Vamos a zanjar el tema y concentrarnos en lo que viene —dije, emocionada—. ¡Agárrense que vienen curvas!

Reímos todas a coro.

Y vaya si vinieron... Pasé todo el tiempo derrapando, al borde de perder el control, sumergida en un juego del que, sin saber muy bien por qué, me costó horrores salir.

Leonel resultó ser un hombre increíblemente atento, muy directo en su forma de hablar y con un carácter muy fuerte. Nos escribíamos todo el tiempo, casi las

veinticuatro horas del día. Eso nos hizo entrar en confianza, y no escondíamos la atracción que sentíamos el uno por el otro. De hecho, disfrutábamos alimentándola, alentándonos mutuamente con cada palabra y gesto.

La pena es que, al poco de conocernos, se tuvo que marchar a otro país por cuestiones de trabajo. Estaba a muchísimos kilómetros de distancia, y como su viaje se presentó de un momento a otro, no tuvimos tiempo de concretar otra cita. Pero eso sí, el contacto telefónico era muy frecuente: estábamos todo el tiempo enviándonos mensajes o haciendo videollamadas.

Estaba muy enfocado en su carrera militar, y en el país de destino tenía muy pocas oportunidades de relacionarse con otras personas. Primero, porque la base en la que se encontraba destinado estaba lejos de la población. Y segundo, por la barrera idiomática, pues las lenguas extranjeras nunca habían sido su punto fuerte.

Así que, al encontrarse en esta situación, la mayoría de su tiempo libre lo dedicaba a intercambiar conversaciones conmigo, lo que me producía muchísima satisfacción, pues hacía mucho tiempo que nadie que me interesara estaba tan pendiente de mí. Esta situación hizo que me acostumbrara demasiado a él. Alegraba mis días con sus mensajes a primera hora de la mañana y me iba a dormir con una sonrisa en el rostro cuando recibía sus buenas

noches, alentando la dependencia emocional que, desde muy joven, me hacía derrapar en el terreno amoroso.

Muy pronto, nuestras conversaciones empezaron a subir de nivel, pasando de las típicas charlas cotidianas a tener una carga más sexual. Me encantaba el sonido de su voz, y si había algo que lamentaba, era no haber tenido la oportunidad de compartir, al menos, una sola noche con él. Pero teníamos el consuelo de que no faltaba mucho, solo un mes, y luego regresaría al país.

—Falta poco, cariño —me decía—. Llegaré justo para los primeros días de mayo.

—Y yo te estaré esperando, rey. Tengo muchas ganas de estar contigo.

—Mientras tanto, te envío un regalito para que pienses en mí.

Y fue la primera vez que recibí una foto erótica en toda mi vida.

Ver su cuerpo desnudo, aunque solo fuera por medio de una cámara, removi6 hasta mis entrañas. Sentí la vibración por todo mi cuerpo y me excitaba la idea de que alg6n día, todo eso sería mío.

—¿No tienes nada para mí? —me preguntó—. A mí también me gustaría verte.

—Las redes son muy peligrosas, nunca he enviado fotos íntimas a nadie —contesté—. Me da mucho miedo, al hacerlo le estás dando poder a esa persona

sobre ti. Piensa que, si lo quisiera, podría arruinarte la vida.

—Yo jamás haría algo que te hiciera daño, no te preocupes. Ya te iré enviando yo las que quieras, y cuando te apetezca, lo harás tú, sin presiones.

—Gracias por entenderlo.

Pero la verdad es que no pasó mucho tiempo para que me decidiera a hacerlo. El juego se tornaba cada vez más intenso y nuestras conversaciones ahondaban más y más en nuestra intimidad. A él le gustaba adoptar un papel mucho más dominante y, por alguna razón, a mí eso me desarmaba completamente. Tenía un fortísimo deseo de someterme a su voluntad.

Una semana después, me decidí a enviar mi primera foto. Era algo sencillo, con el pecho al descubierto, pero no sabía quién se había excitado más, si él al recibirla o yo al enviarla. Me contó que, en cuanto la vio, no pudo evitarlo. Con mi imagen en su mente, decidió aliviarse él mismo, incapaz de soportar más la tensión acumulada.

En ese momento, algo en mi mente hizo clic, y con una facilidad pasmosa, empecé a hacer todo lo que me pedía. Al principio eran simples fotos en múltiples posiciones. Yo disfrutaba muchísimo haciéndolas, y me encontraba completamente sometida a su voluntad. Ese ansia que él tenía de mí era como una droga, una gran dosis de dopamina, mucho mejor que un orgasmo. Y pronto pasamos de

las peticiones a las órdenes, lo que descubrí que me excitaba aún más.

—Hola, cariño, ¿qué haces? —escribió una tranquila tarde de domingo.

—Estoy reunida con una editora, en una entrevista para unos artículos —respondí.

—¿En tu casa? —preguntó.

—Sí, hemos cenado y ahora estamos tomando algo.

—¿Qué bebes?

—Vino.

—¿Tinto o blanco?

—Blanco —confesé—. Realmente me gusta más que el tinto.

De pronto su mensaje cambió de tono:

—Quiero que vayas al baño, te bajes las bragas y te toques para mí —me soltó sin preámbulos.

—Pero es que ahora mismo estoy ocupada —respondí, nerviosa—. Estoy reunida con unos escritores.

—Diles que vas al lavabo un momento, lo haces y me envías el vídeo. No tardarás nada.

—No sé si podré hacerlo...

—No te estoy preguntando si podrás, te estoy ordenando que lo hagas.

Automáticamente, más emocionada que nunca y sintiendo la apremiante necesidad de obedecer sus órdenes, me disculpé y me dirigí al cuarto de baño. Allí, durante cinco minutos, me estuve tocando mientras pronunciaba su nombre y grababa con el

móvil lo mejor que podía, a pesar de estar en una posición bastante incómoda. Eso sí, la excitación era tan intensa que el orgasmo me pilló desprevenida, con una sacudida tan fuerte que el teléfono fue a parar debajo del retrete.

Me lavé rápidamente y, después de enviarle el vídeo, salí del baño con el corazón latiendo fuerte, retumbando en mis oídos a mil pulsaciones por minuto. Sentí que estaba a punto de desmayarme; un leve mareo nublaba mi mente. Me costó centrarme nuevamente en la conversación, ya que mi atención estaba dividida entre la entrevista y el móvil, esperando ansiosamente su respuesta.

Al poco rato sonó la notificación con un mensaje de voz, y rápidamente corrí a escucharlo en la terraza, sin siquiera tomarme el tiempo de disculparme, como si se me fuera la vida en ello.

—Joder, cariño... no te imaginas cómo me has dejado —escribió, exaltado—. El primero ha sido por ti. Necesito más vídeos, no puedo quedarme solo con ese.

—No sé si podré —respondí, disfrazando la verdad con un suspiro—. Me ha costado mucho... ya te dije que soy una mujer muy tímida.

—No entiendo por qué crees que puedes elegir —replicó con firmeza. Tenía esa autoridad natural que no admitía réplica—. Cuando yo pido algo, tú simplemente lo haces.

—Se hará como tú desees —escribí, y mientras lo hacía, un calor inesperado me recorrió el cuerpo, deteniéndose con deleite en lo más profundo de mi bajo vientre.

A partir de ese momento me dediqué a enviar, por lo menos, un vídeo diario, con las peticiones más rocambolescas que se le ocurrieran. Como, por ejemplo, jugar con un consolador vistiendo solamente un arnés atado al cuello, o tocarme bajo la ducha utilizando la alcachofa mientras pronunciaba su nombre. Al final, me estaba convirtiendo en toda una estrella porno, y encima disfrutaba con el proceso.

Manteníamos contacto durante todo el día, desde el alba hasta el ocaso, y practicar sexo por videollamada se convirtió en nuestra actividad favorita. Planeábamos durante horas todas las cosas que íbamos a hacer cuando él llegara. Incluso habíamos acordado una palabra de seguridad, porque él aseguraba que, en lo referente al acto sexual, su parte animal estaba muy desarrollada y podría llegar a pasar que no pudiera controlarse, y no quería terminar haciéndome daño. Esto, en lugar de asustarme, hizo que me gustara mucho más. Conocer esa bestia en la que podría transformarse se convirtió, más que en un anhelo, en una necesidad.

Pero no todo era sexo. También nos gustaba imaginarnos en muchas otras situaciones. Queríamos ir a la playa, a correr, o a escalar. Yo estaba muy

ilusionada, y por supuesto que, durante este tiempo, no acepté salir a ninguna de las citas que me preparaban mis amigas. El pacto ya me daba igual. No me interesaba cumplirlo, y toda mi atención se la dedicaba a él y a preparar nuestro encuentro.

Esperaba ansiosa sus órdenes y corría a cumplirlas obedientemente. Quería transformarme en la mujer sumisamente perfecta para agradarle, complacerlo en todos los sentidos, y no veía la hora de que regresara de su viaje. Lo esperaba y me guardaba exclusivamente para él. Era el hombre perfecto: cariñoso, amoroso, responsable, fuerte, protector, fiel, y lo mejor... vivía constantemente pendiente de mí. Y yo estaba decidida a no interesarme en nadie más.

—Esta chica está medio ida —resopló Bibi, exasperada, una noche de viernes mientras tomábamos algo, a solo una semana de su regreso—. No se da cuenta de que si ese tipo la llama veinte veces al día es porque no tiene otra cosa que hacer. Está encerrado, sin apenas contacto con el mundo real. Ya verás, en cuanto ponga un pie aquí y recupere su libertad, todo cambiará. Le dará la patada y la muy ingenua se va a llevar el batacazo del siglo, otra vez.

—De bruces contra el suelo —añadió Olga, visiblemente molesta. Aún no perdía la esperanza de que retomara el contacto con Mario—. No quiso seguir con él porque tenía miedo de forzar las cosas,

y ahora va, como alma que lleva el diablo, directa a un juego aún peor.

—Cuando repartieron los cerebros, esta llegó la última —remató Magda con sorna—. ¿A quién se le ocurre ilusionarse así con alguien a quien apenas conoce? Se va a estrellar, y nos tocará a nosotras recoger los trocitos.

—Y eso que ha tenido oportunidades de salir con otros hombres, pero no —intervino Daniela—. Ahí va, empecinada, ciega y completamente obsesionada con ese tipo.

—¡Eh! Que estoy aquí —interrumpí entre risas—. Tranquilas, que sé muy bien lo que hago.

Pero en mi interior soy consciente de que estoy jugando un juego peligroso y de que le estoy otorgando un poder inmenso sobre mí. También sé que, si quisiera, podría incluso controlar mi vida. Y como sé que ellas me matarían, prefiero omitirles este detalle. He decidido confiar en él y creo firmemente que no me defraudará.

En lo referente a nuestro experimento, más adelante hablaré con las chicas. Hoy no les diré nada porque quiero disfrutar este tiempo con ellas, pero ya no quiero seguir con el juego. Lo he pensado mucho y voy a intentarlo exclusivamente con Leonel. No necesito conocer a nadie más. *Game over*, la partida ha terminado para mí. Estoy decidida a dar lo mejor de mí para conseguir que funcione y, ya de paso, demostrarle a las chicas que, en lo referente a él, se

han equivocado. Es un hombre diez. De eso estoy segura.

La semana pasó volando entre preparativos y, finalmente, llegó el esperado día. Me desperté temprano, llena de emoción y felicidad. El momento había llegado: hoy nos veríamos y, por fin, podríamos estar juntos. Las chicas me habían estado llamando desde primeras horas de la mañana, más nerviosas que yo.

—Verás, Susana —comenzó Olga—, te pido que me compartas tu ubicación en tiempo real. No quiero que te pase nada. Nunca se sabe con quién uno puede encontrarse, y de este chico sabes muy poco.

—No seas ave de mal agüero —respondí, intentando tranquilizarla—. Te lo repito: confío en él y sé que todo va a salir bien. Ahora te cuelgo porque tengo que prepararme.

—Depílate bien, dúchate a fondo y ponte muy guapa. Que sepa lo que tiene entre manos. ¡Suerte! Y por favor, da señales de vida.

—Tranquila, que así lo haré —respondí, sonriendo ante la preocupación de mi hermana.

He preferido llegar antes de la hora concertada al restaurante. Quiero tener tiempo de tomar una cerveza para calmar los nervios. Media hora después, cuando él llega justo a la hora señalada, puedo ver cómo me busca con la mirada y observar con satisfacción su expresión de alivio al verme esperándolo en una mesa al fondo del salón.

Sonriendo, vino a mi encuentro.

Todo fue tal y como imaginaba. Sí, estaba muy inquieta, pero poco a poco fuimos tomando confianza. Disfrutamos mucho de nuestra cita, teníamos muchas cosas en común y su presencia me relajaba, así que, sin darme cuenta, el tiempo voló entre risas, miradas cómplices y conversaciones sin fin. Las cosas entre los dos fluían con facilidad y me sentía muy entusiasmada. Cenamos y, al terminar, fuimos al hotel que había reservado.

Al momento de entrar en la habitación, nos servimos dos copas de whisky y brindamos por la suerte de habernos encontrado en el camino. Él solía decir que le encantaba mi forma de ser y que la conexión que tenía conmigo era única, algo que jamás había sentido con otra mujer. Yo decidí creer en sus palabras, aunque en el fondo una pequeña voz dentro de mí susurraba que no todo lo que brilla es oro, que las palabras son solo eso... palabras. Pero aquella noche, elegí silenciarla y simplemente dejarme llevar.

Empezamos a besarnos y a quitarnos la ropa. Estaba súper excitada, y él también, de eso no me quedaba la menor duda. La emoción entre nosotros era palpable, y sin perder el tiempo en preliminares, me arrancó el vestido y posó su cuerpo desnudo encima del mío. Yo quise responder a sus caricias con la misma efusividad y elevé mis piernas, rodeando su cintura para poder moverme con más libertad. Sin

embargo, esa entrega instantánea y profunda hizo que la partida, que apenas estaba empezando, llegara a su fin de manera inesperada.

—No pasa nada —me dije a mí misma—. Es solo el primer asalto, tenemos toda la noche por delante para disfrutarla juntos.

Él besó mi mano y, rodeándome con su brazo, atrajo mi cuerpo hacia el suyo, acomodándose abrazado a mi espalda.

—¡Uff! Estoy cansado, cariño, vamos a dormir un poco —dijo, y no había ni terminado la frase cuando comenzó a roncar.

—Bueno —pensé—, descansaremos un poco, que el pobre ha tenido un largo viaje.

Y, recostando mi cabeza sobre su hombro, me dejé llevar por el sueño.

Estuve el resto de la noche esperando que mi titán tomara la iniciativa, pero solo estuvimos hablando durante horas, lo que no estaba mal. En realidad, disfrutaba mucho de conocer más sobre su vida, pero mi parte animal rugía desde el fondo de mis entrañas, impaciente y desesperada por salir.

Al final, de tanto hablar y hablar, terminó vencéndome nuevamente el sueño y me dispuse a dormir, con el convencimiento de que al día siguiente las cosas subirían de intensidad.

—Prepárate —me animé a mí misma—. Pronto verás cómo el hombre despertará y se transformará en la bestia prometida tantas veces. Una vez

liberado, no tendré más remedio que consumirme como madera seca en el fuego de su deseo, completamente sometida a su voracidad sin límites.

Pero la bestia no despertaba, ni siquiera amenazaba con asomar la cabeza. Empecé a pensar que debía tomar la iniciativa: “El que quiere besar, busca la boca”, me dije. Y, con esa idea en mente, me deslicé bajo las sábanas para ayudar a ese barco a zarpar.

Besé, succioné, lamí... y por fin conseguí mi objetivo. Su mástil se elevó como un estandarte, tenso en anticipación, como un arco que se prepara para liberar la flecha. Entonces, me tomó nuevamente entre sus fuertes brazos, y mi corazón retumbó como tambor de guerra en mi pecho. Estaba a punto de gritar de emoción. Decidida, me abandoné a mi suerte... y me lancé a la batalla.

El asalto duró unos cuantos minutos y, nuevamente, se dispuso a descansar, dejando a esta gladiadora a punto de lanzarse a los leones. Pero preferí evitar hablar del tema; al fin y al cabo, era nuestra primera vez. Seguramente, con el tiempo, mejoraría. Me aferré a lo mucho que me gustaba su compañía y, ocultando mi frustración, me cobijé entre sus brazos para seguir conversando. Porque si como amante no lideraba este ejército, como interlocutor sí que podía considerarlo un gran contrincante.

Al cabo de dos horas de animada charla, bajamos a desayunar y, tras darle un largo beso, me marché a casa. Él debía empezar a ordenar su vida y

reencontrarse con su círculo social. Llegaba la hora de la verdad: ahora sabría si había apostado al ganador o si, por el contrario, mis amigas tenían razón.

En mi interior, esperaba que me necesitara con las mismas ansias con las que antes lo hacía. Pero, al parecer, ahora que estaba fuera, sus prioridades habían cambiado. Para él, era muy importante su tranquilidad y huía cuando necesitaba hablarle, así que muy poco le pude preguntar sobre lo que pasaría entre nosotros dos. Pronto descubrí, con desilusión, que no le gustaba dar explicaciones. Hacía lo posible por esquivar la confrontación y prefería compartir conmigo momentos ligeros y fugaces... pero sin darme una razón válida para su cambio de actitud.

El desasosiego me invadía y, con él, brotaban con tristeza los recuerdos de esos días en los que su comportamiento me hizo pensar que era una persona importante en su vida. Una vez, cuando apenas empezábamos a conocernos, me contó que solo conservaba dos grandes recuerdos de su padre: un viejo reloj de pulsera y un consejo que lo marcó: “Un verdadero hombre se mide por el valor que le da a su palabra”. Él me había jurado que nunca me haría daño, y lo dijo con tal convencimiento que, inocentemente... le creí.

En parte, sí que lo hizo, ya que mantuvo en secreto nuestra intimidad, la protegió sin exponerla a nadie. Pero en lo demás, falló. Porque él ya sabía que el

hombre que fingía ser estaba muy lejos de la realidad. Era consciente de que, tarde o temprano, su verdad dolería más que cualquier mentira. Y, aun así... me dejó soñar. Su palabra no valía ni la mitad de lo que él pretendía, y ahora, con las ilusiones rotas, comenzaba a darme cuenta.

Ya no me despertaba su llamada al amanecer, ni dedicaba tanto tiempo a escribirme mensajes cargados de amor. Tampoco se interesaba por mis cosas con la misma intensidad de antes. Incluso perdió el interés en nuestro juego. Se acabaron las fotos y los vídeos cargados de sexualidad que tanto nos gustaban. Parecía que quien había regresado fuera otra persona completamente diferente. Y, de hecho, lo era: él había representado un papel, y yo me había enamorado del personaje.

Y aunque al principio sentía que me había engañado, con el tiempo fui aprendiendo a aceptar que gran parte de la culpa era mía, por haberle permitido entrar tan fácilmente en mi vida, sin pagar reserva, ni peaje... parecía que no hubiera aprendido nada de lo vivido hasta ahora.

Sufrí por la pérdida progresiva de su interés por mí. Me lastimaba la ausencia cada vez más notoria de su presencia y la distancia que, egoístamente, él quiso imponer entre nosotros. Quiso proteger su corazón resguardándolo en sus propios brazos, porque no le encontraba sentido a continuar una relación que, según él, no le llevaría a ningún lado... sin

importarle que el mío quedara abandonado a la deriva.

Tardé tiempo en aceptar que la conexión sexual y animal de la que tanto presumía nunca iba a salir a flote conmigo. Yo era una fiera al acecho, siempre lo he sido, y nunca he pretendido avergonzarme de ello. Necesito el contacto humano como el aire para respirar. Llevaba mucho tiempo escondida y enjaulada, pero ahora que había sentido de cerca el olor de la sangre, no estaba dispuesta a renunciar a su sabor. No podía conformarme con menos, no podía resignarme a un amante sin fuego, a una estrella sin luz, a un instante efímero de pasión marchita. Pues, en la batalla del amor, él solo me ofrecía el papel de espectadora, y yo siempre he preferido ser la protagonista.

Aun así, intenté darle una nueva oportunidad a quien ahora se había convertido en mi presa, solo para darme cuenta de que éramos dos personas completamente distintas. Lo que habíamos compartido en la distancia, para él, no era más que uno de sus juegos, una simple fantasía. En cambio, yo era real, intensa, visceral. Y con este juego había descubierto que no podía permitir que alguien que no valoraba mi esencia me definiera. Llegó la hora de convertirme en la cazadora de mi nueva vida. Ahora sabía que él no pensaba acompañarme en mi camino... y, aun así, me resultaba muy difícil renunciar a mi meta.

Él era agua; su sexualidad no estaba tan desarrollada ni era tan profunda como la mía. Era un hombre racional y poco sentimental, que maquillaba el deseo con la rutina. Sabía controlar muy bien sus instintos, sobre todo porque los manejaba de una manera automática. Yo, en cambio, me había convertido en una mujer que se atrevía a sentir, a amar, a romper las cadenas de sus propias inseguridades. Era el momento de dejar ir esa ilusión y buscar mi propio camino, uno que no dependiera de la aprobación o el deseo de otro.

Así, con el corazón latiendo fuerte y una mezcla de tristeza y liberación, decidí que era hora de cerrar este capítulo. La verdadera aventura estaba en descubrirme a mí misma, en abrazar mi intensidad y aprender a amar mis propias luces y sombras. Y antes de empezar a convertirme en una mujer insatisfecha, insegura y con la autoestima por los suelos, decidí cortar por lo sano y salvar lo que realmente importaba de toda esta experiencia.

Seríamos dos amigos que, en algún momento del camino, coincidieron para participar en un juego peligroso, un entretenimiento salvaje que, en esa ocasión, les trajo gran satisfacción a los dos. A él, porque lo acompañó en la soledad de su viaje; y a mí, porque terminó por despertarme esa parte salvaje que llevaba mucho tiempo dormida.

Lo bueno, al final de todo, fue que terminó por ser un buen amigo mío. Un tipo muy cariñoso y con un

gran corazón, que ahora estaba en mi vida y al que quería conservar. Porque, si bien seguía pareciéndome guapo, era plenamente consciente de que, aunque nuestro magnetismo no se basaba ya en el deseo físico, seguíamos teniendo una conexión igual de profunda. Nos queríamos de una manera que trascendía lo carnal.

Aun así, yo seguía disfrutando al mirarlo: su piel bronceada, sus brazos fuertes, su mandíbula marcada... todo él era un recordatorio de que la atracción puede florecer en diferentes formas, incluso ante la ausencia del deseo sexual. Él me devolvió la esperanza cuando yo ya no creía en el amor, pero también fue su mentira la que me recordó por qué había dejado de hacerlo. Y debo estarle agradecida por haberme encontrado con esos dos hombres: el que sanó y el que hirió. Pues gracias a ellos, hoy soy más fuerte, más sabia y precavida.

Pero ahora, me quedaba una ansiedad que no sabía cómo calmar. Mis sentidos se habían despertado, alertas y hambrientos de nuevas experiencias. Anhelaba caricias que no hablaran de promesas, besos que no dejaran marcas en el alma. Siempre había sido una hedonista, solo que sabía ocultarlo bien, tan bien... que hasta lo había olvidado.

Desde hoy, mi cuerpo sería mi dios, mi templo, y debía rendirle culto. Para ello, necesitaba recorrer esta aventura en soledad. Así que, después de compartir una última noche de sexo tranquilo, muy

tranquilo y relajado—una conexión que bien podría haber terminado en amor—decidí despedir al amante y dar la bienvenida al amigo. Aunque sabía que el dolor de su ausencia pesaría durante algún tiempo, no podía evitar la ansia de descubrir de qué estaba hecha esta nueva versión de mí misma.

Y tuve que llorarlo muchas noches... porque dejarle ir no fue solo perder a un hombre, fue despedirme de la criatura perfecta que yo había creado en mi cabeza. Me costaba demasiado dejarlo marchar, porque era mío, mi más sublime creación. Pero su realidad jamás alcanzó la altura de aquella fuerza arrolladora de la naturaleza. Lo que prometía ser un león —el rey de la selva— terminó convirtiéndose en un manso gatito de habitación. Y ya sabemos lo que pasa con los felinos: que son encantadores, sí... pero solo viven para ellos mismos.

Esa noche, al llegar a casa, me serví una copa de vino y, tumbada en el sillón, relajada, dejé que la hermosa voz de Etta James cantándole al desamor me envolviera. Decidí que no le diría nada a las chicas; volvería al juego, la partida continuaba, pero ahora era yo quien necesitaba jugar. Estaba aprendiendo a soltar antes de hacerme más daño, a reconocer cuándo no debía seguir insistiendo. Creo incluso que empezaba a reconciliarme conmigo misma. A partir de ese momento, jugaría diferente. Era hora de que yo tomara el control.

Comprendí que me aferraba a las personas, a pesar de que estas ya comenzaban a mostrar su desinterés e indiferencia, no porque intentara construir una relación, sino porque estaba tratando de ocultar una vieja herida.

Estaba obsesionada con obtener la validación de alguien, porque por una vez quería sentirme elegida, que se quedara conmigo. De hecho, lo pedía a gritos, lo necesitaba, y sabía que este sentimiento venía de mi infancia, cuando, a los seis años, aprendí por las malas que debía complacer y callar si quería que el monstruo satisfecho se alejara.

Por eso me pasaba la vida conformándome con migajas, porque esa pequeña que vivía en mí continuaba pensando que el amor no se recibía, se ganaba si eras buena y obediente. Y cada vez que me doblegaba ante alguien, sentía que esa niña, por un momento, calmaba su herida.

Pero eso ya no iba a pasar más. Se acabó entregar el corazón a la primera oportunidad. Voy a sacarlo de mi pecho y guardarlo en una caja de cristal, hasta que considere que ha llegado la persona que lo merezca y que sepa que no lo lastimará a la primera de cambio. Completamente decidida a seguir adelante, terminé mi copa y me marché a la cama a descansar.

Me despertó sobresaltada la llamada de Isabella, una excelente compañera de trabajo, a las cinco de la

madrugada. Al principio no quería contestar, pero su insistencia fue tal que me vi obligada a descolgar.

—¿Qué quieres?! —respondí medio dormida—. Estaba soñando que Brad Pitt me invitaba a salir y no me diste ni tiempo de contestar. Espero que sea importante.

—Tía, estoy súper constipada y con fiebre. ¡Por favor! Necesito que me cubras el turno, te lo devolveré otro día —me contestó con esa voz de tarro, la típica que solo los que están sufriendo un gran resfriado tienen.

—Dime en qué planta estarás esta tarde. —No me apetece mucho, pero no puedo negarme a ayudarla.

—Tienes que acompañar al nuevo pediatra que ha empezado hoy. Necesita que alguien lo asista en las consultas.

—Está bien, pero me debes una buena, que hoy tenía cosas planeadas —era mi día libre y tenía preparada una gran tarrina de helado en el frigorífico, con una selección de comedias románticas de los noventa para calmar las penas.

—Gracias, ya te invitaré a una cerveza.

—Más te vale que sea una jarra enorme, y que la acompañes de una hamburguesa y unos buenos nachos —respondí riendo—. Voy a prepararme, cuídate mucho.

—Gracias.

Después de ducharme y vestirme, salí camino al hospital. Al llegar a la planta baja, me dirigí a la

consulta de Pediatría para presentarme al nuevo médico. Lo encontré sentado en el escritorio, mirando muy concentrado unos resultados en el ordenador.

—Buenas tardes —saludé con una sonrisa—. Soy Susana, la enfermera, y hoy trabajaremos juntos, así que espero que tengamos un buen turno.

—Me llamo José, un placer conocerte —respondió, levantándose de su asiento.

Me observó de arriba a abajo con unos grandes ojos castaños y luego, extendiendo su mano hacia mí, me regaló la más hermosa de las sonrisas.

CAPÍTULO 3

DEMASIADA PERFECCIÓN

Si es verdad que el demonio existe, lo imagino viviendo en tu piel, como brillante lienzo de deseos ocultos, con cada poro respirando la esencia de la tentación. Y, cual serpiente susurrante, lo siento metiéndose en mi mente, tentándome con labios carnosos y seductores, hablándome con voz libidinosa, prometiéndome al oído secretos inconfesables, para hacerme cometer pecados que jamás me creí capaz de cometer, y que harían avergonzar al más osado de los sátiros.

Es un poeta de la carne, que me mira con sus ojos como abismos profundos, reflejando un ardor insaciable, sintiendo cada caricia suya como una oda a la lujuria, porque su cuerpo contiene una chispa que nunca se apaga. Al dejarle entrar, los límites desaparecen y el placer se convierte en arte, en un festín para los sentidos, al que gustosamente he sido invitada, y no puedo negarme a tan irresistible llamada.

—Bueno, chicas, ya que hace días que no nos vemos y en honor al cumpleaños de Magda, estoy dispuesta a responder todas las preguntas —anuncié con una